

Trece vidas

Sergio Mira Jordán

Esta es una novela y, como tal, las situaciones, diálogos y personajes que en ella aparecen, exceptuando productos y lugares por todos conocidos, son ficticios y no se refieren a nadie en particular ni pretenden dañar los intereses de ninguna empresa.

Aunque también es cierto que siempre nos molesta aquello que más adentro nos toca.

Todo niño de siete años debería haber pintado y enmarcado su propio autorretrato. Quizá sobre fondo dorado.

Todos los niños deberían escoger un objeto para guardarlo para los hijos que tendrán.

Deberían conocer un ejemplo para distinguir entre el valor material y el valor sentimental de las cosas.

Cada niño debería haberse sentido alguna vez como perfeccionador involuntario del mundo.

Todos los niños deberían tener un concepto de nostalgia.

Todos los niños deberían haber experimentado la diferencia entre observar, mirar y contemplar.

Todos los niños de siete años deberían haber podido preguntar cómo surge la vida.

Todos los niños deberían haber contado anillos en un tronco de árbol.

Todos los niños deberían haber encontrado su voz.

Del libro *Todo lo que hay que saber a los siete años*,

de Donata Elschenbroich

Cuando era muy pequeño, me enamoré de una niña de mi clase. Mi persona solo despertaba en ella indiferencia. Un par de años más tarde, yo debía tener doce o trece, discutíamos sobre quién era más fuerte, si el hombre o la mujer. Para demostrarle mi opinión, descargué un fuerte puñetazo en la boca de su estómago que la hizo doblarse. Aún recuerdo la bronca de mi profesor y sus ojos de ira y abyección. Desde entonces, hago lo mismo con todas las cosas que amo: les propino un puñetazo en el estómago.

Prefacio de *Todas putas*,
de Hernán Migoya

1

La primera vez que a Claudia le miraron el culo era verano.

Tenía trece años y su rubia melena lisa parecía más oscura por el agua. Estaba en la piscina pública del barrio, celebrando su cumpleaños, con el biquini rojo del año anterior y una toalla pequeña de color blanco en la mano. Recién salida del agua, goteando y caminando a saltitos hasta el césped, donde el suelo no quemaba.

La primera vez que a Claudia le miraron el culo llevaba la mitad de las braguitas del biquini metidas hacia dentro, dejando a la vista la carne rosácea y blanquecina. Se pasó una mano por la cabeza y luego se la secó con la toalla. La primera vez que a Claudia le miraron el culo, una gota diminuta y cristalina le resbalaba vientre abajo haciéndole cosquillas. Tenía exactamente trece años porque ese era el día de su cumpleaños y una tarta enorme de fresa y nata, con un 1 y un 3 de cera roja clavados, esperaba sobre una mesa plegable montada en la hierba. Sus amigas de entonces lamían helados de vainilla, de limón, de chocolate con nueces. Cuando se sentó en la silla blanca de plástico, una brisa fresca le erizó el vello y le endureció los pezones. Pero ella no se percató.

Si tu madre no está presente el día de tu decimotercer cumpleaños, cierra los ojos con fuerza, pide un deseo —por ejemplo, estar en cualquier otra parte del mundo— e intenta apagar todas las velas de un único soplo.

La primera vez que a Claudia le miraron el culo era verano y llevaba puesto un biquini rojo: el sujetador sin mucho que ocultar se ataba en la nuca con un cordel finísimo y la parte inferior estaba medio metida hacia dentro, dejando a la vista unos centímetros de carne rosa y blanca, todavía no tostada por el sol.

Por aquella época, Claudia quería ser veterinaria, pero hacía apenas un año o dos que quería ser arquitecta o matemática. Siendo más pequeña, igual quería ser bombera que Superwoman que bola de billar.

Antes de untarte en la cara tres botes de crema antiacné marca la que sea, te dicen que te tomes una vez al día y en ayunas una mezcla de 125 gramos de zanahoria, 50 gramos de espárragos y 50 gramos de espinacas. O que te pongas en la cara pan integral remojado en leche caliente durante tres cuartos de hora. También sirven unas cuantas gotas de aceite esencial de tomillo disueltas en medio vaso de agua y aplicadas con un algodoncillo sobre la cara, pero a Claudia eso nunca le ha ido bien.

Antes de ponerte cualquier potingue de tienda de belleza para mantener el cabello brillante, enjuágatelo después de cada lavado con el líquido resultante de cocer durante unos 20 minutos un puñado de perejil fresco en un litro de agua.

Antes de utilizar crema para las manos, lo mejor es untárselas con la pasta que obtienes al mezclar un par de cucharadas de aceite de oliva y una patata cruda rallada.

Son los remedios que te ha ido contando tu madre desde que naciste.

Si no funcionan tómate un Valium.

O bien diez Alprazolam Merck de 1 mg. No importa.

La segunda vez que a Claudia le miraron el culo seguía siendo verano. Tenía trece años y cuatro días y llevaba unos vaqueros, unas sandalias amarillas y un top azul que le dejaba al aire medio vientre y un ombligo redondo como un céntimo. La segunda vez que a Claudia le miraron el culo estaba en un parque con sus amigas y un tipo bien vestido y con unas diminutas gafas redondas le dijo Ven.

Lo primero que te enseña tu madre, si es que tienes una madre normal y corriente, es que cuando alguien te dice Ven o cualquier otra cosa no debes ir. Tienes que pasar de él como de comer mierda. Tienes que llamar a la policía. 091. Es un número fácil de recordar: lo has visto en todas las películas americanas.

Pero la madre de Claudia no era como las demás madres; así que ella fue.

El tipo sacó una tarjeta de visita y se la dio. En la tarjeta ponía: Beltrán López, mánager de modelos. Pero en la tarjeta también podría haber puesto: Violador de menores.

O Corruptor de jovencitas.

O Asaltacunas.

El tipo quería hacerle unas pruebas fotográficas para ver cómo quedaba ante la cámara. Y puesto que Claudia era una niña buena se lo preguntó a su madre.

—¿Tú quieres ir? —le dijo ella.

Justo el día antes de que tu madre piense que eres la mejor niña del mundo, te levantas la falda del colegio a cambio de un billete de 5. De 10 euros, si quieren tocarte.

—Pues bueno.

La madre de Claudia se llamaba Martina y tenía treinta y siete años cuando Claudia cumplió trece. La madre de Claudia se *llamaba* Martina porque ahora está muerta, o desaparecida, o escondida. Aunque eso pasó después.

Nunca hubo un padre en la vida de Claudia: se fue cuando se enteró de que Martina estaba embarazada. Se largó sin más. De la casa, o mejor dicho de la caravana en la que vivían con su comunidad de hippies.

Justo el día antes de que tu madre piense que eres la mejor niña del mundo, abres el bolso de tu profe de Mates, Lengua y Educación Física y le quitas un billete de 50 y toda la calderilla que te cabe en el bolsillo.

En el mundo real, las cosas nunca son lo que parecen. Nunca.

El tipo de la tarjeta tenía un despacho enorme en un edificio de hormigón y oficinas del centro de la ciudad. La madre de Claudia la acompañó a esa cita de las seis y cuarto de la tarde y estuvo hojeando revistas llenas de fotos de mujeres en traje de novia, en traje de baño, en traje de noche. Trajes de disfraces para aparentar lo que no son. Claudia paseaba dentro del despacho del tipo de la tarjeta mientras detrás de la puerta su madre se imaginaba con todos y cada uno de esos vestidos carísimos. Le había costado entender que su hija no fuera como ella, pero de todos modos era algo culpable. De pequeña le leía cada noche un par de páginas de *El profeta*, de Khalil Gibran, en vez de las estupideces de *Blancanieves* o *Cenicienta*. Claudia nunca dijo nada ni se quejó de esa forma de vida, pero estaba claro que la pequeña quería otra bien distinta, lejos de caravanas y hippies.

La mano en la cintura.

El pie derecho hacia delante.

Mirada de enfado.

Quizá si la caravana no hubiera tenido televisor, Claudia no habría soñado jamás con llegar a ser una supermodelo y viajar por todo el mundo enseñando su palmito. En la tele salen continuamente actrices, modelos, azafatas de concurso, etcétera. Todas con la mínima ropa que les permite la poca decencia que les queda a los directores y productores. Todas con su sonrisa de dientes blanqueados. Sus tetas operadas. Sus narices retocadas. Sus piernas perfectas y lisas, ligeramente bronceadas los 365 días del año.

Cuando hay dos carretes gastados sobre la mesa gigante y el tercero se está acabando, el tipo de la tarjeta le dice que se puede ir y hasta sale para despedirse de la madre. Esa primera vez no se cambió de ropa. Pero las siguientes sí. Claudia en traje de baño. Claudia con vaqueros. Claudia como si fuera a una fiesta de lo más kitsch.

Y esas otras veces no fue su madre.

La segunda vez que Claudia fue al despacho del tipo de la tarjeta, su madre estaba tirada sobre el sofá de la caravana con una botella vacía de whisky entre los muslos.

—Cúidate.

Eso le dijo a su hija. Eso o algo por el estilo.

La madre de Claudia sabía que podía confiar en ella. Desde pequeña no le gustó la vida en las comunidades. Claudia quería estudiar, llegar a ser astronauta o médica cirujana o ingeniera química. Ella, después de todo, tenía talento.

No como su madre, camarera a 5'50 la hora en un restaurante de las afueras y alcohólica por gusto o por necesidad.

Antes de meterte los dedos nada más levantarte, te dicen que lo mejor contra la resaca es hervir un puñado de hojas de ortiga en un cuarto de litro de agua, colarlo y añadirle limón antes de bebértelo.

Pero si no te funciona, siempre puedes comerte media caja de Lexatin 3 mg. O hacerte un canapé de Valium y tragártelo todo con un Bloody Mary.

Antes de acabar con el dolor de cabeza hinchándote a Gelocatil y Dolgesic, infunde durante cinco minutos un puñado de melisa —también conocida como toronjil— en agua hirviendo. Por otro lado, en un bol pon tres cucharadas de copos de avena y cúbrelo con la infusión de melisa. Déjalo macerando toda la noche. A la mañana siguiente, hierve la avena durante 15 minutos junto a un trozo de corteza de naranja. Cuélalo, separando la avena del agua. La avena la tomarás en el desayuno, mezclada con miel, azúcar moreno y leche. El agua a pequeños sorbos durante el día.

Son los remedios caseros que tu madre te leía cada noche para que te durmieras en paz. Si no te funcionan, y solo si no te funcionan, tómate cuatro Valium viendo el culebrón de la tarde.

Al principio, Claudia se cambiaba de ropa detrás de un biombo de mimbre. Después ya no. Cuando has crecido en una comunidad hippie estás tan acostumbrada al desnudo como la mayoría de la gente lo está al gusto de las hamburguesas del McDonald's.

—¿Qué me pongo?

Claudia sin bragas y sin sujetador, con su cuerpo de trece años y pico alargando una mano al aire, mientras el tipo de la tarjeta ponía otro carrete en la cámara de fotos.

Durante casi un año hizo un par de desfiles en la ciudad y salió en los muestrarios de ropa juvenil de tres tiendas locales.

A cambio, el tipo de la tarjeta le regalaba ropa de marca, libros y películas, minicadenas y CD, pulseras de plata y de oro.

Su madre, Martina, había dejado de preguntar hacía tiempo de dónde salían tantas cosas. Claudia también traía regalos para ella. Cartones de tabaco rubio. Botellas de whisky y de ginebra. Comida. Ropa extravagante.

Una tarde, en el enorme despacho del tipo de la tarjeta y la cámara de fotos había un hombre con perilla y un chico y una chica de la misma edad que Claudia más o menos. Esa fue la última vez que entró allí, pero todavía se acuerda de lo que le hicieron hacer, de lo que le hicieron a *ella*. Se acuerda de todo como si le ocurriera en cada momento, en cada segundo de su vida.

Pasó mucho tiempo hasta que Claudia le contó a alguien lo que sucedió dentro de ese despacho aquella tarde. Cuando volvió por la noche a la comunidad hippie, su madre no estaba en la caravana y no apareció hasta dos días después.

A la semana siguiente, Claudia pasó por el despacho del tipo de la tarjeta, pero la entrada a la oficina estaba tapiada de bandas amarillas y blancas que ponían Línea Policial y Guardia Civil y NO PASAR.

Ese mismo día, un tipo mayor de una agencia de verdad, con el pelo teñido de negro brillante y un traje a rayas, le propuso firmar un contrato de algunos ceros por unas fotos para una firma de moda joven. Le dijo que sabía lo que había sufrido, que en su agencia la cuidarían mejor, que tenía muchas y muy buenas aptitudes.

Y le dio otra tarjeta.

Ese mismo día, su madre llevaba cinco o seis porros de más y cuando Claudia abrió la puerta de la caravana había en el ambiente un hedor a alcohol y colonia barata de hombre. Martina, su madre, desparramada sobre la cama, tenía todavía gotas de semen por la mandíbula y los pechos.

Claudia no vio los moratones de la espalda.

Claudia no vio la sangre seca de sus labios.

Claudia no notó las lágrimas en sus mejillas.

Exactamente el día antes de que tu madre piense que eres la chica más buena del mundo, falsificas su firma y un montón de mujeres te maquillan y un montón de hombres te hacen fotos.

Cuando Claudia cobró el cheque, tapizó los asientos de la caravana y compró un horno eléctrico. También dejó un puñado de billetes bajo la almohada de su madre. El resto, todavía bastante dinero para ella, se quedó dentro de un oso de peluche.

Luego vinieron más desfiles y más contratos, y estos cada vez tenían más ceros. Con el dinero, Claudia se compraba ropa y productos de belleza para el pelo y la cara, para

las manos y para el vientre. Y luego metía más dinero dentro del oso de peluche mediante complicadas operaciones a corazón abierto.

Si tienes el cabello seco, antes que comprarte cualquier bote en una farmacia o en una tienda de belleza, hazte masajes con el resultado de mezclar a partes iguales zumo de cebolla y limón y añadir una cucharadita de miel de romero. Si no te funciona, usa la mascarilla Oiliss de Inné y la All Soft Heavy Cream de Redken.

Y continuó creciendo, porque las personas crecen. Su madre seguía trabajando a 5'50 la hora en un restaurante de las afueras de la ciudad y cuando llegaba a la caravana, Claudia tenía que decirle que había venido tal o cual hombre, que había dejado una botella de Jack Daniel's o de Larios y que luego pasaría.

Si los jadeos de tu madre cepillándose a un tipo grasiento para el que no existe la máquina de afeitar ni el jabón te molestan, tómate un Valium.

Si pones la música a tope en tu minicadena Sony de 250 W y todavía los sigues escuchando en la vieja y destartada caravana, cierra los ojos y métete de golpe dos Valium y un buen trago de vodka.

Un día le hizo la última operación al oso de peluche, cogió el dinero ahorrado y abandonó esa vida. Se fue a Madrid, donde la agencia del hombre del pelo teñido de negro y el traje a rayas tenía su oficina central.

El día antes de que tu madre piense que eres una buena chica, y no como ella, acabas de chutarte antes de salir a un desfile. Esa noche, agobiada por los focos, los flashes y un par de entrevistas, te fumarás un porro bien cargado de marihuana con dos tíos que acabas de conocer y otra modelo como tú.

Y te repetirás lentamente que estás en la gloria. Que. Este. Es. Tu. Momento. Que nadie te lo podrá quitar.

Esa misma noche, en la pared de cualquier edificio aparece escrito con spray negro:
NO DEJES TUS ESTUDIOS PARA HACERTE RICA Y FAMOSA.

2

Las medidas de Claudia son 92-61-91. Mide 1'74 desde los quince años y siete meses y hace tiempo que no mira la báscula cuando la pesan cada mañana. Tiene los ojos de color marrón claro y el pelo rubio y liso, cayéndole como una cascada de agua cristalina hasta un poco más abajo de los hombros. En una sesión de fotos o antes de un desfile, pueden hacer que tu pelo parezca más corto, más largo, te lo pueden rizar, teñir, tintar. Tiene el pelo tan estropeado que ya no le sirve de nada hacerse dos vasos al día, antes de comer y antes de cenar, de zumo de col. Ahora usa leche protectora antiestrés de Eugene Perma y se pone la mascarilla de pasta de oliva marca L'Occitane.

Cuando alquiló un piso en Madrid huyendo de la caravana de su madre, no sabía qué vida iba a encontrar.

Si es difícil ser modelo, más difícil todavía es ser top-model.

Por la mañana un poco de gimnasio. Lucas prepara a las chicas de la agencia. Lucas es un cuadrado de músculo con cabeza y extremidades que siempre lleva los mismos pantalones cortos de color azul y la misma camiseta de tirantes con el logotipo del gimnasio, ridículamente pequeña para su tamaño de tórax. Luego comer. Luego lo que sea. Fotos. Vídeos promocionales. Desfiles en cualquier lugar. Luego cenar. Luego dormir si no hay fiesta o promoción en ningún sitio. Desde hace algunos años, la vida de Claudia es eso: ir de un sitio a otro y no parar nunca.

Desde hace algunos años, comer significa menestra o sopa de verduras y un diminuto muslito de pollo a la plancha o filetes de mero con salsa de tomate. Ensaladas en verano y purés de puerro y zanahoria en invierno. Cenar significa manzana o tortilla. En medio, todo lo que se pueda tomar —barritas energéticas sabor pera y naranja, zumo de pistacho o una hamburguesa enorme del Burger King— son calorías que es necesario quemar. Desde hace algunos años, beber significa agua o Coca-Cola light o café solo. Pero

eso es delante de los jefes de la agencia o de los organizadores de un desfile. Detrás de ellos, existen los atracones de comida, las borracheras hasta las seis y media de la mañana, las rayas de cocaína y los porros de marihuana y hachís.

Empiezas mirando la composición de todos y cada uno de los productos que compras, pero luego te cansas de hacerlo.

La primera vez que te metes los dedos en la boca te sientes mal toda la tarde. Pero con el tiempo te acostumbras. Si no te funciona el vino medicinal contra la anorexia, macerando durante dos días en un litro de vino tinto 70 gramos de raíces machacadas de ruibarbo, 10 gramos de raíz de genciana y la misma cantidad de raíces de angélica; si no te funciona, solo entonces tómate 40 briks de 200 ml de Pentaplast, diez por cada sabor que hay: vainilla, fresa, café y cacao. Si todavía sientes un profundo dolor intenso y tienes el estómago vacío desde hace dos semanas, métete entre pecho y espalda tres Valium con un vodka y una rodaja de limón flotando en un vaso sin hielo.

Las medidas de Claudia son 92-61-91. O al menos eso reza el expediente que hay en el archivador de la agencia para la que trabaja. Salta a la vista que es imposible que tenga esas medidas. Pero si tu peso te preocupa y las dietas para engordar no te sirven de nada, es el momento indicado de machacar cuatro comprimidos de Valium, mezclarlos con medio pollo de coca y esnifártelo todo de un tirón.

Claudia puede tomarse cualquier cosa. Es inmune a la mayoría de tranquilizantes y ansiolíticos del mundo. Desde hace algunos años, el único libro que viaja con ella es la edición de bolsillo del Vademécum.

Las mejores amigas de Claudia son Eva y Dominique, que también son modelos y también trabajan para la misma agencia que ella. Desfilando por medio mundo.

Amaneceres en Nueva York.

Almuerzos en Roma.

Comidas en París.

Una pequeña siesta camino de Londres.

Dos rayas de cocaína en los aseos del aeropuerto de Barcelona.

Noche en Moscú antes de salir hacia Tokio.

Los esqueletos con percha de las tres viven juntas en el ático de un bloque de oficinas y viviendas para jóvenes ejecutivos y viudas ricachonas del centro de Madrid. Es una vivienda de ciento noventa y siete metros cuadrados con tres camas, tres neveras, tres televisores.

Tres formas de vida completamente diferentes.

Eva se queda hasta las dos de la madrugada viendo el teletienda y riéndose de los «pobres». Dominique se acuesta a la misma hora pasando las hojas de cualquier revista de moda y repitiéndose constantemente que ella es más guapa que esta, y que esta, y que esta otra. Claudia duerme poquísimos, la verdad.

Ya sabes. Si el jarabe de manzanilla al orujo no te funciona, tómate un par de Dormicum y tres o cuatro Noctamid de 2 mg. Si aun así no puedes dormir, quizá haya llegado el momento de hacerse un bistec de Valium y un chupito de tequila.

Las tres fueron en otro tiempo niñas pobres de buenas notas que crecieron queriendo ser arquitectas, profesoras de universidad o periodistas de guerra. Las tres se metieron en la moda por un golpe de suerte que ellas mismas buscaron. Y, sin embargo, las tres son muy distintas.

Eva es modelo porque se acostó con un par de diseñadores para salir en unos desfiles y el condón de alguno de ellos se le quedó dentro. Pero Claudia sabe que lo que le va realmente es el sadomaso.

Dominique, a pesar de lo que pueda parecer, no es francesa. Ni sus padres son franceses. Y, posiblemente, tampoco lo sea nadie de su familia. Tal vez la única relación con ese país que tuvo Dominique durante la infancia fue las botellas de burdeos que engullía su padre cada cuarenta y cinco minutos. En realidad se llama Zenaida. Claudia lo sabe porque una mañana hurgó en su bolso y miró su DNI. Dominique es modelo porque durante una noche de pastillas y heroína se lió por casualidad con el hijo de un diseñador.

Claudia es modelo porque a los trece años un pederasta le miró el culo.

Ahora las tres tienen veintidós años y ganan muchos miles de euros al mes por pasear su desnudez escuálida en un escenario.

Si el consolador *big size* de tu compañera de apartamento se niega a entrar esa noche y los gritos histéricos te despiertan en mitad de un dulce sueño, levántate, ve a la cocina y tómate cuatro o cinco sobres de Prozac 20 mg mezclados con un gin-tonic.

Eva se pasa la vida riéndose de su otra vida, la vida anterior, donde su padre estaba en paro y su madre limpiaba escaleras. Dominique dice que su madre se divorció de su padre cuando se cansó de soportar las palizas. La madre de Claudia, Martina, sigue viva, o tal vez no, aunque la verdad es que murió hace mucho tiempo, el mismo día en que ella se marchó de la caravana y dejó de pensar en su madre y en lo que se quedaba atrás para siempre.

En el preciso instante en el que se cierra de golpe la puerta de la caravana, cualquier recuerdo de tu madre, de tus amigas y de tu ciudad queda en la basura del olvido.

Si las lágrimas desconsoladas de tu compañera de apartamento te despiertan en mitad de la noche, levántate, ve a la cocina y tómate los dos últimos comprimidos del envase de 500 de Valium 10 mg. Si descubres que las lágrimas son tuyas, hazte un cóctel de tequila y crema de menta verde y vacía en su interior todas las cajas de Rohipnol, Vincosedan y Gobanal que encuentres.

Trata de imaginar cuántas niñas pobres de buenas notas y padres alcohólicos, parados, violentos y drogadictos consiguen ser top-models. Seguramente tres de cada millón. Pues bien, esas tres, Claudia, Eva y Dominique, creen ser amigas íntimas y viven juntas en el ático de un bloque de oficinas y viviendas para ricos del centro de Madrid.

Si hablas más de cinco minutos con Dominique, considérate afortunada si no te cuenta que su padre entraba cada noche en su dormitorio y se masturbaba viéndola dormir. También vale que la espiera mientras se duchaba. También vale que le oliera las bragas usadas. También vale que una noche la violara.

Claudia, Eva y Dominique, subproductos de la moda, las tendencias y las empresas de cosméticos.

Las tres tienen móviles de última generación, con videollamada, Internet y cuarenta mil melodías reales.

Las tres tienen minicadenas con cargador de seis o siete CD y posibilidad de reproducir archivos MP3.

Las tres tienen PDA en las que anotar teléfonos y direcciones útiles, citas importantes, próximos desfiles, la semana de la moda de donde sea.

Las tres tienen veintidós años y se depilan el vello púbico y las piernas el mismo día con la Silk-épil Soft Perfection de Braun.

Trata de imaginar cuántas niñas nacen en el mundo queriendo ser Claudia, Eva y Dominique. Seguramente son más de las que tú crees.

Si sabes que el vello de las piernas crece a razón de 6'3 milímetros al mes, seguramente intentarás reducirlo a 5 por mes con la Soya Epil Control de Roc. Si no lo consigues, y solo cuando sabes que no te funciona para nada la infusión de hierbabuena con agua de azahar, te tomas un Valium y apagas el móvil trece minutos y medio. Es el tiempo necesario que debe pasar para que te olvides de todo y comiences de nuevo.

A pesar de lo iguales que son, las tres, Claudia, Eva y Dominique, se envidian entre ellas. Las tres se odian a muerte aunque no se lo digan a la cara y les toque sonreír. No hace falta que se repitan lo gordas que se caen porque ya lo saben. Cuando le suena el móvil a Claudia y apunta una fecha en su agenda electrónica, las otras dos la miran con rencor y

con odio. Eso se nota a diez kilómetros de distancia. Es la misma mirada que te hacen fingir en una sesión fotográfica en la que llevas un abrigo de R. Lo, en pana de tono violeta, abierto hasta el ombligo.

Dominique, Zenaida de nacimiento, tiene en el cuerpo las mismas operaciones de cirugía estética que cualquier actriz porno de sueldo medio. Solo que a ella se las hizo un doctor titulado. Sus tetas son dos naranjas completamente redondas y huecas como su cabeza, los labios son de plástico y los pómulos de mentira. Tiene en la frente tanto botox que se podría hacer perfectamente una muñeca hinchable con su piel.

Nada de lo que le puedas tocar a Dominique es natural.

De pequeña, si tu madre es hippie y vive en comunidad con su caravana vieja y pintarrajeada y una botella de Martini atada al tobillo como las cadenas de un preso, lo primero que te enseña es a hacer absenta casera. Se pican 335 gramos de flor de ajeno y se mantiene macerado durante cuatro días dentro de la mezcla de 400 gramos de azúcar, 2'80 litros de aguardiente y la mitad de agua. Luego se filtra, se embotella y se bebe.

Si tu madre es hippie no te enseña a mirar cuando cruzas la calle. No te enseña a pasar hasta el culo o a levantar el dedo corazón o a gritar o a llamar a la policía cuando un hombre te dice Ven.

Claudia puede imaginarse a las madres de Eva y Dominique: trabajadoras por horas, como su propia madre, en un mundo machista y sin sentido.

Puede que esas madres tuvieran la única aspiración de encontrar un buen marido, trabajador y fiel, que les dijera de todo corazón que las albóndigas están en su punto y que la merluza con coliflor sabe como nunca. Quizá fueron madres que se quedaron embarazadas a finales de los 70 y vieron los últimos coletazos de la revolución de mayo del 68 mientras amamantaban a sus bebés.

Una noche en la que Claudia, Eva y Dominique juegan con sus cabellos como años antes jugaban con los de la Barbie o la Cindy, poniéndose el Spray Max-Fix de Wella para crear peinados de fijación ultrafuerte y duradera y gastando toda la gama disponible de Color Pulse de L'Oréal Paris; una noche cualquiera, al fin y al cabo, puede que sus madres, o las mujeres de la misma generación que sus madres, estén planchando camisas y calzoncillos hasta las dos y cuarto de la mañana.

Tal vez la misma noche en la que Claudia empalma probando esmaltes de uñas de Bourjois, Revlon o Versace mientras fuma canutos de hierba sin parar en la terraza de cualquier hotel del mundo, todas esas mujeres nacidas a finales de los 50 o principios de los 60 están ya cansadas de sus maridos, de sus hijos y de todo, y no se divorcian únicamente

porque en la concepción de la vida que les enseñaron de pequeñas eso «estaba mal». Como también estaba mal encenderse un porro, usar la píldora o tener siete amantes.

Aunque, tal vez, la madre de Claudia, Martina, con su caravana de nómada hippie no fuera como todas esas madres de su generación.

La misma noche que a Claudia le apetecen dos o tres rayas de coca después de abrir otra caja de Valium, esa misma noche que llueve un fino manto de seda y agua, esa misma noche, aparece en el muro de un edificio abandonado de cualquier ciudad sin nombre la siguiente frase escrita con spray negro: NO TE METAS DROGAS PARA INTENTAR ESTAR MEJOR CONTIGO MISMA.